

STIG DAGERMAN  
Otoño alemán

Traducción del sueco de JOSÉ M.<sup>a</sup> CABA  
revisada por JESÚS GARCÍA RODRÍGUEZ

# ÍNDICE

OTOÑO ALEMÁN,	9
RUINAS,	21
CEMENTERIO BOMBARDEADO,	27
EL PASTEL DEL POBRE,	35
EL ARTE DE HUNDIRSE,	41
HUÉSPEDES NO GRATOS,	49
RIVALIDADES,	57
GENERACIÓN PERDIDA,	63
LA JUSTICIA SIGUE SU CURSO,	71
DÍA DE FRÍO EN MÚNICH,	81
EN EL BOSQUE DE LOS AHORCADOS,	91
REGRESO A HAMBURGO,	99
LITERATURA Y SUFRIMIENTO,	109

## OTOÑO ALEMÁN

EN EL OTOÑO DE 1946, las hojas otoñales cayeron por tercera vez desde que Churchill pronunciara su famoso discurso sobre la inminente caída de las hojas. Fue un otoño triste, con lluvia y frío, crisis de hambre en el Ruhr y hambre sin crisis en el resto del antiguo Tercer Reich. Durante todo el otoño llegaron a las zonas occidentales trenes con refugiados del este. Gente andrajosa, hambrienta y no grata se apretujaba en la oscuridad pestilente de las estaciones ferroviarias o en los altos y enormes *blinkers* sin ventanas semejantes a esos depósitos de gas rectangulares que se alzan como colosales monumentos a la derrota en las ciudades alemanas arrasadas. Pero a pesar de su silencio y de su pasiva claudicación, esas gentes, aparentemente insignificantes, colmaron de amargura y rencor ese otoño alemán. Cobraron importancia por el simple hecho de que llegaban sin parar y de que eran muchos. O quizá cobraron importancia no a pesar de su silencio, sino gracias a él, ya que lo que se expresa nunca está tan cargado de amenazas como lo que no se expresa. Su presencia era al mismo tiempo odiada y bien recibida; odiada porque los que llegaban no traían consigo más que hambre y sed; bien recibida porque alimentaba sospechas que solo esperaban ser nutridas, una desconfianza que solo esperaba ser confirmada y un desconsuelo que nadie deseaba mitigar.

¿Quién que haya vivido en carne propia este otoño alemán puede decir que tal desconfianza no tenía razón de ser o que tal desconsuelo era infundado? Se puede afirmar que esas corrientes interminables de refugiados, que anegaban la planicie alemana desde el curso inferior del bajo Rin y del Elba hasta las altas mesetas que rodean Múnich, constituyeron uno de los acontecimientos más importantes de la política interior de este país sin política interior. Otro acontecimiento de política interior de casi la misma magnitud fueron los sesenta centímetros de lluvia que cayeron en los sótanos habitados de la región del Ruhr.

(Alguien se despierta, suponiendo que haya dormido, tiritando de frío en un lecho sin mantas, y camina hasta la estufa, con el agua fría por encima de los tobillos, e intenta prender un fuego con las ramas mojadas de un árbol abatido por los bombardeos. Detrás, en algún lugar sobre el agua, un niño tose con una tos de adulto tuberculoso. Si por fin se logra encender la estufa que se ha sacado de alguna ruina arriesgando la vida, bajo la cual su propietario lleva un par de años sepultado a varios metros, el humo invade el sótano y los que tosían tosen aún más. Sobre la estufa hay una olla llena de agua —el agua abunda— y alguien se agacha, recoge algunas patatas del suelo invisible del sótano. El que está de pie con el agua fría hasta los tobillos pone esas patatas en la olla y espera hasta que, con el tiempo, son comestibles, pese a que estaban congeladas cuando dio con ellas.

Los médicos que hablan con los periodistas extranjeros de los hábitos alimentarios de estas familias cuentan que lo que se cuece en esas ollas es indescriptible, tan indescriptible como el modo en que viven en general. La carne de dudosa procedencia que de alguna forma consiguen procurarse o las verduras sucias que encuentran Dios sabe dónde no son indescriptibles: son absolutamente repugnantes. Pero lo que es repugnante no es indescriptible, es simplemente repugnante. Del mismo modo se puede refutar a aquellos que dicen que la miseria que sufren los niños en esos sótanos es

indescriptible. Si se quiere, se puede describir perfectamente; se puede decir que el hombre que está en el agua junto a la estufa abandona las patatas a su suerte y se acerca a la cama donde los tres niños tosen y les ordena que se vayan a la escuela inmediatamente. Ese sótano está lleno de humo, hambre y frío, y los niños, que han dormido vestidos, pisan el agua que casi les llega a la lengüeta de los zapatos raídos y atraviesan el pasillo oscuro donde duerme gente, suben por la escalera oscura donde también duerme gente y salen fuera, donde reina el frío y húmedo otoño alemán. Faltan dos horas para que empiece la escuela y los maestros hablan con los visitantes extranjeros de la falta de compasión de los padres que echan a sus hijos a la calle. Pero se podría discutir con esos maestros sobre qué significa tener compasión en este caso. El aforista nazi explicaba que la compasión del verdugo consiste en la rapidez o certeza de su golpe. La compasión de estos padres consiste en hacer salir a sus hijos del agua del interior a la lluvia del exterior, de la humedad malsana del sótano al tiempo gris de la calle.

Naturalmente, no van a la escuela; primero, porque la escuela no ha abierto todavía; después, porque la expresión «ir a la escuela» es un eufemismo de esos que la miseria impone masivamente a aquellos que se ven obligados a hablar el lenguaje de la miseria. Salen a robar o a conseguir algo comestible empleando la técnica del robo, o alguna otra menos reprobable, si es posible. Se podría describir el «indescriptible» paseo matutino de esos tres niños hasta la hora en que verdaderamente empieza la escuela, y después ofrecer una serie de imágenes «indescriptibles» del paisaje que ven desde sus bancos: las tablas clavadas en la ventana para que no entre el frío y que al mismo tiempo impiden que entre la luz exterior, de modo que debe de haber una lámpara encendida todo el día, una lámpara con una luz tan tenue que es casi imposible leer el texto que hay que copiar; igual que la vista desde el patio, rodeado por tres lados de montoneras de ruinas de unos tres metros de altura,

montoneras de ruinas internacionales que al mismo tiempo hacen las veces de retretes escolares.

También convendría describir las ocupaciones «indescriptibles» de aquellos que se han quedado en casa, en el agua, o los «indescriptibles» sentimientos que invaden a la madre de tres hijos hambrientos cuando estos le preguntan por qué no se pinta como la señora Schulze para que un soldado aliado le dé chocolate, conservas y cigarrillos. Y la honestidad y la decadencia moral en ese sótano lleno de agua son tan «indescriptibles» que esta madre responde que ni siquiera los soldados de un ejército liberador sienten tanta compasión como para conformarse con un cuerpo sucio, demacrado y que envejece por momentos cuando la ciudad está llena de cuerpos más jóvenes, más fuertes y más limpios).

ESE SÓTANO fue sin duda uno de los acontecimientos de máxima importancia en la política interior de ese otoño. Otro acontecimiento análogo fue el de la hierba, los arbustos y el musgo que crecían entre las ruinas en Düsseldorf y Hamburgo, por ejemplo (ya van tres años que el señor Schumann, de camino a su trabajo en el banco, pasa junto a las ruinas del barrio vecino y discute cada día con su esposa y con sus compañeros de trabajo sobre si esta vegetación debe considerarse un progreso o una regresión). Las caras pálidas de la gente que vive en las barracas y los búnkeres por cuarto año consecutivo —y que hacen pensar en los peces que se asoman a la superficie del agua para respirar—, y el llamativo rubor de las chicas que algunas veces al mes reciben chocolates, una cajetilla de Chesterfield, estilográficas o jabones, fueron otros acontecimientos fáciles de constatar y que marcaron ese otoño alemán, al igual que habían marcado antes el invierno, la primavera y el verano alemán que lo precedieron. Aunque la marca fue mucho más importante en el otoño, ya que la incesante llegada de refugiados del este empeoró todavía más la situación.

Naturalmente, siempre es doloroso enumerar las cosas tristes y penosas, pero a veces es necesario hacerlo. Si uno quisiera atreverse a hacer un comentario sobre los sentimientos de rencor hacia los aliados, mezclados con el autodesprecio, la apatía y una tendencia general a hacer comparaciones en detrimento de la situación actual, que sin duda impresiona al visitante en este triste otoño, debería tener en cuenta una serie de fenómenos concretos y de circunstancias físicas. Es importante recordar que las declaraciones de descontento y hasta desconfianza hacia la buena voluntad de las democracias victoriosas no fueron proferidas en el vacío, ni desde el escenario de un teatro con un repertorio ideológico, sino en sótanos concretos de Essen, Hamburgo o Fráncfort del Meno. En la imagen otoñal de esta familia en el sótano inundado también hay un periodista que, equilibrándose sobre unas tablas de madera, entrevista a sus miembros acerca de la recién estrenada democracia alemana; les pregunta cuáles son sus esperanzas e ilusiones, y sobre todo les pregunta si vivían mejor durante la época de Hitler. La respuesta a esa pregunta hace que el visitante, con un movimiento de rabia, asco y desprecio, salga retrocediendo rápidamente de la habitación pestilente, salte a su automóvil inglés o a su *jeep* norteamericano de alquiler y, media hora más tarde, delante de una copa o una buena cerveza alemana en el bar del hotel reservado a la prensa, escriba un artículo sobre el tema «El nazismo está vivo en Alemania».

LA APRECIACIÓN que este periodista y otros periodistas o visitantes extranjeros han transmitido al mundo sobre el estado de ánimo de Alemania en este tercer otoño, y que el mundo ha aceptado de modo generalizado, era cierta a su modo. Se les preguntaba a los alemanes de aquellos sótanos si vivían mejor durante la época de Hitler y ellos respondían que sí. Si se le pregunta a alguien que se está ahogando si estaba mejor cuando estaba en el muelle, la res-

## RUINAS

CUANDO SE HAN AGOTADO todas las formas de consuelo, es preciso encontrar otra, por absurda que sea. En las ciudades alemanas sucede a menudo que la gente le pide al forastero que confirme que su ciudad es la más incendiada, destruida y arrasada de toda Alemania. No se trata de encontrar consuelo en la aflicción; la propia aflicción se ha convertido en consuelo. Esas mismas personas sienten desaliento cuando se les dice que se han visto cosas peores en otros lugares. Y quizá uno no tenga derecho a decirlo: cada ciudad alemana es la peor cuando hay que vivir en ella.

Berlín presenta sus campanarios amputados y su interminable serie de palacios gubernamentales destruidos, cuyas columnas prusianas decapitadas hacen descansar sus perfiles griegos sobre las aceras. Delante de la estación de Hannover está el rey Ernesto Augusto sentado sobre el único caballo gordo de toda Alemania, y esa estatua es prácticamente lo único que se ha salvado sin un rasguño en una ciudad que en su día alojaba a cuatrocientas cincuenta mil personas. Essen es una pesadilla de desnudas y frías construcciones de hierro y de muros de fábricas derrumbados.

En Colonia, los tres puentes sobre el Rin están debajo del agua desde hace dos años; la catedral se yergue triste, melancólica, oscura y solitaria en medio de un montón de ruinas y tiene una herida roja de ladrillos en un costado que parece sangrar cuando anoche-

ce. Las torrecitas medievales de Núremberg, oscuras y amenazantes, se han derrumbado sobre los fosos, y en las pequeñas ciudades de Renania pueden verse, cual costillas, las vigas de madera de las casas destruidas por las bombas. Y, sin embargo, hay una ciudad que cobra por mostrar una ruina: la intacta Heidelberg, cuyos pintorescos restos del viejo castillo parecen una parodia diabólica en este tiempo de ruinas.

FUERA DE esto, en todas partes está lo peor... quizá. Pero si uno se empeña en batir marcas, si uno quiere convertirse en experto en ruinas, si uno quiere ver no una ciudad de ruinas sino un paisaje de ruinas, más desolado que un desierto, más salvaje que una montaña y tan fantasmagórico como una pesadilla, quizá solo hay una ciudad que esté a la altura: Hamburgo.

Hay una zona de Hamburgo que en su día fue un barrio de calles anchas y rectas, con plazas y jardines, casas de cinco pisos rodeadas de césped, garajes, restaurantes, iglesias y lavabos públicos. Comienza en una estación de tren de cercanías y acaba un poco más allá de la siguiente.

Si se viaja en este tren durante un cuarto de hora, se tiene una vista ininterrumpida de algo que parece ser un enorme depósito de paredes rotas, muros solitarios con ventanas vacías que semejan ojos que miran al tren, restos indefinibles de casas con amplias marcas de hollín, altas y osadamente ornamentadas como los monumentos conmemorativos de cualquier victoria, o pequeñas como monumentos funerarios de mediano tamaño.

Vigas oxidadas emergen de los escombros como mástiles de buques que naufragaron hace mucho tiempo. Columnas de un metro de diámetro que un destino artístico ha tallado en bloques de casas derruidas se precipitan por encima de montones blancos de bañeras aplastadas o de montones grises de piedras, de ladrillos pulverizados

o de radiadores quemados. Fachadas bien cuidadas sin nada detrás se yerguen como decorados de teatros nunca acabados.

Todas las formas geométricas se hallan representadas en esta variante de Guernica y de Coventry que ya tiene tres años: cuadrados regulares de paredes de escuelas, triángulos grandes y pequeños, rombos y óvalos de los muros exteriores de las casas baratas que en la primavera de 1943 todavía se erguían entre las estaciones de Hasselbrook y Landwehr.

A UNA velocidad normal, el tren atraviesa esa inmensa desolación en aproximadamente un cuarto de hora, y durante ese tiempo mi silenciosa guía y yo no vemos ni a una sola persona en esta zona, que en otro tiempo fue una de las más pobladas de Hamburgo. El tren está lleno como todos los trenes alemanes, pero aparte de nosotros dos, nadie mira por la ventana para ver lo que posiblemente sea el campo de ruinas más horrible de Europa, y cuando levanto la vista, me encuentro con miradas que dicen: «Este no es de aquí».

El forastero se traiciona inmediatamente a sí mismo por su interés por las ruinas. Inmunizarse lleva tiempo, pero se consigue. Mi guía hace tiempo que está inmunizada, pero tiene una razón muy personal para interesarse por este paisaje lunar entre Hasselbrook y Landwehr: vivió aquí durante seis años y no ha vuelto desde aquella noche de abril de 1943 en que la tormenta de bombas se abatió sobre Hamburgo.

Bajamos del tren en Landwehr. Creí que seríamos los únicos, pero no es así. Otras personas, además de los turistas, tienen una razón para venir: aquí vive gente, aunque no se vea desde el tren. Apenas se ve desde la calle. Andamos un rato por las antiguas aceras de las antiguas calles y buscamos una casa antigua que no encontramos. Esquivamos algo que, cuando lo observamos con atención, resulta ser los restos retorcidos de unos automóviles quemados que yacen volcados entre los escombros. Miramos a través de

## CEMENTERIO BOMBARDEADO

**E**N UN PUENTE DE Hamburgo, un hombre vende un pequeño y práctico dispositivo destinado a acoplarse al cuchillo para pelar patatas. Hace tantos gestos para mostrar que con el nuevo invento las mondas de las patatas quedan reducidas a una película casi invisible, que todos los que, como yo, estábamos apoyados en la barandilla mirando cómo unas barcazas negras y pesadas llenas de cascotes remontaban el canal empujadas por bicheros, nos acercamos a él y lo rodeamos. Bien es cierto que ni siquiera en Hamburgo hay quien llene el estómago haciendo chistes sobre el hambre, pero poder reírse del hambre produce una agradable sensación de olvido que, en la Alemania de la miseria, quien puede aprovechar sin dudar.

El vendedor del puente exhibe su única y pequeña patata de demostración y dice que, evidentemente, es un trabajo de perros pelar patatas cuando la comida es tan abundante como ahora... Es la misma clase de humor del que hace gala un pescadero que, cerca de allí, pone en su escaparate un gran letrero que dice, indignado: «¡Mira que aumentar las raciones de pescado ahora que escasea el papel de envolver!». El hombre consigue ganarse así algunas risas, pero ningún comprador; al menos, por ahora.

En un extremo del puente hay una parada de tranvía. Una viejecita con un gran saco de patatas acaba de subirse a la plataforma

cuando el tranvía arranca. El saco se cae y el nudo de la cuerda se deshace; la vieja se pone a gritar cuando el tranvía pasa a nuestro lado y las patatas empiezan a caer golpeando sobre la calzada del puente. El resultado es una violenta agitación entre los que se amontonan alrededor del vendedor, que, después de que pase el tranvía, se queda casi solo junto a la barandilla mientras su público se pelea a empujones por recoger las patatas entre vehículos militares ingleses y Volkswagen pintados de camuflaje que tocan el claxon. Los escolares llenan las carteras, los obreros llenan los bolsillos, las amas de casa abren los bolsos al tubérculo más deseado de Alemania; y dos minutos más tarde están todos riendo alrededor del vendedor, deseosos de comprar el invento destinado a conseguir las mondas de patata más finas de Alemania, fieles a uno de esos cambios repentinos de humor, de la ira a la afabilidad, que hace que el trato con los ciudadanos de Hamburgo sea tan emocionante y tan peligroso.

Pero ¿por qué no se ríe la señorita S.? Cuando, en su compañía, salgo del puente, le pregunto directamente por qué no se ha reído, pero en lugar de responder me dice con amargura:

—Esta es la Alemania de hoy: jugarse la vida por una patata.

PERO EN verdad no puede esperarse que la señorita S. se ría de la miseria en las calles de Hamburgo. Desde la derrota de Alemania, la señorita S. trabaja aquí como funcionaria en el Ministerio de Trabajo, pero antes fue dueña de una pescadería incendiada durante los terribles bombardeos de 1943. Ahora dedica dos horas al día a inspeccionar un distrito ruinoso, a controlar que todas las personas que pueden trabajar trabajen y que aquellos que no se pueden valer por sí mismos reciban atención. La persona que me presentó a la señorita S. me confesó que forma parte de ese gran grupo de alemanes que son nazis sin saberlo y que se sentiría insultada si se le sugiriese que sus opiniones coinciden con las de los nazis.

La señorita S. parece estar muy amargada, pero al mismo tiempo agradecida por tener un trabajo que le permite mantener su amargura a una alta temperatura. La señorita S. es sin duda enérgica y ambiciosa, pero al mismo tiempo aporta agua al molino de esos antinazis —no todos, es verdad— que piensan que en la Alemania de hoy las opiniones sospechosas son el precio que hay que pagar por ser enérgico.

Es tentador hablar de política con una persona que no imagina que sabemos algo de ella, especialmente si esa persona es alemana y es sospechosa de simpatizar con los nazis sin saberlo. Por ejemplo, ¿por qué partido se vota en un caso así? (Recientemente ha habido elecciones municipales en Hamburgo).

La señorita S. no duda ni un segundo en la respuesta. Para ella solo hay un partido, «los socialdemócratas, naturalmente». Pero si se quiere saber por qué los socialdemócratas, ella, al igual que un gran porcentaje de los votantes de la socialdemocracia, no puede dar ningún motivo racional. En realidad, la señorita S., al igual que muchos otros alemanes con opiniones similares, ha elegido partido por el método de eliminación: la CDU, el partido cristiano-demócrata queda excluido si no se es creyente; por los comunistas no se puede votar, ya que se teme a los rusos; el Partido Liberal es demasiado pequeño para desempeñar ningún papel importante; el Partido Conservador es demasiado desconocido. Si se quiere votar, pues, no quedan más que los socialdemócratas. Y la gente vota a pesar de decir que da lo mismo quién gane las elecciones; de cualquier manera, el país está ocupado.

SALIMOS A una gran plaza en ruinas donde solo el foso de un ascensor, alto y solitario, escapó de las bombas. Algunos obreros empujan lentamente un pequeño vagón con chatarra y piedras a través de la plaza, y cuando se acercan a la calle una mujer que lle-

## EL PASTEL DEL POBRE

EN EL INTERIOR DE un parque abandonado de las afueras de Hamburgo viven un viejo abogado liberal y un escritor de novelas picarescas. El parque está ubicado en una parte de Hamburgo donde las calles no tienen otra iluminación que los focos de los coches ingleses que pasan por allí a toda velocidad. En la oscuridad, uno roza brazos invisibles u oye palabras invisibles, y entonces se acuerda con un estremecimiento del consejo de los corresponsales aliados con experiencia: no salir de noche por las calles de Hamburgo sin la compañía de un revólver. El parque es más salvaje de lo que parece a la luz del día, pero al final del mismo uno se encuentra con una escalera segura, llama a la puerta y accede a un gran vestíbulo estilo alta burguesía, con paraguero y una sirvienta de Silesia. El péndulo del salón y los metros de libros encuadernados en cuero con bandas doradas de las estanterías, la alfombra gruesa, la araña de cristal y las butacas de piel no dan muestra de haber conocido los bombardeos ni la escasez de vivienda. ¿Y cómo les va al abogado y al escritor?

Una de las consignas preferidas de la propaganda electoral burguesa es la afirmación de que la derrota ha abolido las clases sociales en Alemania. Se reprocha a los partidos obreros que, al invocar la lucha de clases, usan una ficción como arma política contra sus adversarios burgueses. En realidad, no fue ninguna casualidad